

Cartografías afectivas: el cuerpo y la ternura como instrumentos para habitar el territorio

Tendida sobre una roca al sol, me siento lagartija: un reptil cuya piel se confunde con la textura de lava petrificada que sostiene mi cuerpo. Percibo su linaje y su existencia; son muchísimo más longevos que los de mi especie. Mis manos palpan la experiencia de ser y estar con la roca mientras me transformo en ella, mientras la mentira que llamamos "naturaleza" se desdibuja al tiempo que reconozco mi cuerpo y mi propia existencia como parte de este paisaje. No soy yo, no es ella, somos nosotros.

Buenos días, mi nombre es Paulina Vázquez, soy artista visual investigadora. Mi trabajo parte de la autobiografía -o, dicho de otra forma, de la búsqueda personal de comprender mi identidad a partir de los lugares y los vínculos que habito-. Para mí la creación y la investigación artística, no son una forma de ilustrar ideas o conceptos, sino una forma de habitar mi propia existencia y entablar un diálogo íntimo con el territorio y quienes le habitan.

Desde mis prácticas tejo una **cartografía de los afectos**: un ejercicio de orientación emocional y simbólica que me permitió rastrear, en un mapa, mi linaje y evolución personal dentro de la cordillera. La geología es parte de mi lenguaje; a través de ella puedo traducir lo indecible cuando me refiero a mí misma, a mi familia o a lo que acontece en el paisaje emocional que transito.

Mi cuerpo, es el vehículo y la herramienta que me permite investigar a través de la experiencia. La piel es mi instrumento para observar sin los ojos. Como señala Juhani Pallasmaa, **ver con la piel y con el tacto genera una experiencia distinta: es a través de la existencia corporal y el pensamiento sensorial que podemos reanudar un diálogo genuino con el mundo.**

Experimentar así el territorio nos brinda un tipo específico de información, **el lenguaje trasciende las palabras, y el conocimiento se encarna**. Pero no me malinterpreten, no se trata de ir tocando todo lo que vemos al recorrer una montaña. Hay momentos de suma importancia donde basta con quedarse a existir en el lugar de estudio, y donde el tacto nos pide una pausa.

Considero que en cualquier ámbito íntimo e investigativo es necesario desarrollar una sensibilidad que nos permita distinguir

el momento y el permiso de aquello que podría ser acariciado, sea este un ser vivo o inherte. Sentir e investigar con el cuerpo no significa necesariamente usar las manos: es permanecer en un estado receptivo en el que percibimos nuestro propio cuerpo y el de los otros en el presente. Se trata de procesar esa experiencia para, que al sentirla, después de un proceso de reflexividad, logremos otorgarle significado.

Dentro de estas experiencias doy cabida a la ternura, esta no es un gesto pasivo: es una herramienta epistemológica y política para reconstruir los lazos entre lo personal y lo colectivo, entre el cuerpo y el territorio que habito y una manera particular de acercarme a mis propios procesos y temas de estudio. La ternura en los actos, en el enojo, en el miedo, en los conflictos del cotidiano, en los silencios, en la curiosidad... lo cambia todo.

En cada pieza y proceso me dedico a realizar lo que denomino como "actos de ternura", una serie acontecimientos que se convirtieron en una atención radical hacia el otro y hacia mí misma; **se transformaron así en un modo de mirar sin dominar y de sostener sin poseer.**

Desde mi trabajo reflexiono sobre la posibilidad de identificar espacios -tanto físicos como emocionales- para trazar mapas poéticos que traduzcan la experiencia emocional en lenguaje material. Lo que Santiago Vera denomina un "proyecto antropológico existencial" habla de cómo los territorios de lo artístico son espacios íntimos y subjetivos, capaces de transformar realidades sociales y culturales. Eso sucede cuando nuestras razones más íntimas, ligadas a lo mítico y lo simbólico, impulsan el compromiso artístico. Yo asumo ese compromiso: mapear afectos es también arriesgarme, cuestionarme y abrir mis procesos de manera horizontal con mis colegas y con el público.

ORBIS TERRARUM NEXUS, fue el proyecto donde, de manera transdisciplinaria, comencé el análisis específico de mis vínculos para realizar estas cartografías afectivas. Es así como con mi trabajo propongo a la investigación artística -entendida por Natalia Calderón y Fernando Hernández y Hernández- no solo como una metodología que se cuestiona a sí misma y legitima otras formas de conocimiento, sino **como un campo donde es posible tener espacios de convalecencia, introspección y encuentros con los otros y con los espacios más íntimos y oscuros de mi misma.**

Con este panorama sobre la mesa me doy el permiso de abrir este espacio a una esfera más personal y contarles de humano a humano, como nació este proyecto y mi nueva forma de producir e investigar.

Entre la teoría y la experiencia, mi investigación encuentra su raíz en lo personal. Mi abuelo volcán recién había fallecido y yo me preguntaba **¿A dónde va el amor cuando ya no hay un cuerpo que lo reciba?** El miedo fue un motor que poco a poco se transformó en preguntas; esas preguntas se volvieron procesos y piezas artísticas que me llevaron por muchos senderos que me llevaron a comprender los procesos de vida y muerte. En las piedras comencé a obtener respuestas que me abrían el camino. Una tarde de junio, mientras miraba como rompián las olas del Mar de Cortés, llegó a mi la primera señal mientras leía "En caso de Amor" de Anne Dufourmantelle, :

"Se debería observar más a los minerales, a los guijarros, la lava petrificada, los fósiles, la roca - ellos nos dicen lo que somos. Es en esta mineralidad que nos atrincheramos cuando el amor nos es retirado."

La muerte de las personas que amo -y la muerte de los vínculos que he compartido- me cimbran. **Cuando alguien se va el paisaje se transforma.** Los cerros se desgajan, las montañas se erosionan hasta formar desiertos, las piedras de río se vuelven arena, los volcanes se apagan, pero siempre, siempre, siempre la roca se transforma.

Dentro de cinco mil millones de años el sol lo devorará todo y a pesar de todo, algo de nosotros persistirá en el polvo de estrellas. Si bien nuestros tiempos son distintos a los de las rocas nos parecemos mucho a ellas y a los paisajes que forman.

Lo veo de primera mano en mi familia. Mi mamá es una obsidiana filosa y certera, mi papá es un sabio fósil de amonita y mi hermano es la arena que va y viene con el movimiento del agua. Yo, soy hija de mi abuela montaña, una roca metamórfica que nació en el resguardo de su profundidad. Más adelante me reconocería dentro de ella como una cueva húmeda, oscura y profunda, llena de grietas por donde entra la luz.

Mi abuela montaña, me enseñó a tocar, cuidar y observar. Me invitaba a nombrar a otros seres y a tratarlos con el mismo amor con el que me cuidaba a mí. Ella fue mi principal colaboradora, compañera en el paisaje y no solo para mí, todas y todos en la familia habitamos durante muchos años en sus faldas.

Con esta metodología de aproximación y el reconocimiento del paisaje ya establecido, comencé a sentir una pulsión por distinguirme de entre esos estratos geológicos y recorrer, por mi propio pie, la cordillera.

Descubrí que en mi propio cuerpo habitan minerales presentes en las rocas -como la hidroxiapatita en los dientes o en el zinc, el cobre y el hierro presente en el cabello-: este es el depósito mineral del cuerpo. Me desprendí de esas memorias minerales de mi cuerpo para recorrer con menos peso los senderos.

Ese hallazgo me llevó a mirar hacia adentro y pude reconocer una oscuridad incómoda que anhelaba ser reconocida y sanada. Para explorar esa cueva interior realicé una serie de autorretratos en litografía y bordado en gran formato, como un modo de habitar y reconocer mi propia sombra.

Incluso esta pulsión de conocer a través del cuerpo me convirtió en un espacio habitable, reencarnando la memoria de mi abuelo volcán en mi propio cuerpo. Todo el tiempo en esta investigación realicé un ejercicio que me permitía ser atravesada por el paisaje, por las emociones, por los otros, para entender que la experiencia de poner el cuerpo y esta forma de empatía es conocimiento.

Descubrir y ejecutar desde esta noción de investigación artística es un proceso en constante devenir que se va desdoblando con el hacer, con el tiempo. La creación deja de ser representación, para convertirse en presencia: **no se trata de ilustrar sino de permitir que el proceso mismo sea una experiencia compartida, el resultado está en el proceso**. Es por eso que en mis instalaciones, o acciones rituales el público no solo observa: participa desde la percepción, la presencia y el tacto.

Vivimos tiempos de segregación y violencia rotunda. La vida cotidiana nos orilla a la supervivencia y nos hace perseguir un ideal que nos obliga a competir por una idea de éxito consumista, vacía y desconectada de la realidad. Nos han dicho que la naturaleza es todo eso que el ser humano no ha tocado, como si no fuéramos parte de los ecosistemas que estamos asesinando. Nos han vendido que el bienestar individual es lo único que importa, cuando nuestra vida misma depende de los otros: de los otros que cultivan el campo, de los otros que cuidan, de los otros humanos y no humanos que también caminan, comen y respiran de este mismo mundo.

No se trata solo de ti o de mí: se trata de un nosotros compartido. Claro que importamos como individuos, claro que el autocuidado es necesario -yo también lo practico-, pero **incluso el cuidado personal puede volverse un acto colectivo**.

En este contexto, la creación e investigación artística pueden ser un espacio de resistencia y cuidado mutuo. Compartir y crear estos

procesos nos obligan a detenernos a observar, a procesar y a mirar lo que hay en conjunto y dentro de uno. En mis prácticas- especialmente en las que denomino **Cine de oscuridad**- la creación se comparte desde la vulnerabilidad y la imagen se encarna en el cuerpo. Yo cuido esos espacios donde nos entregamos a la oscuridad y cerramos los ojos. **La ternura entonces se convierte también en una herramienta crítica: una forma de resistir a la indiferencia y a la despersonalización** que reducen al público a un simple espectador o comprador. **El público puede involucrarse en el proceso artístico;** no es solo un agente económico, sino también un receptor y generador de conocimiento.

Cada vez que tomo una madeja de lana para tejer, o me embarro las manos de pasta cerámica, pienso en los miles de kilómetros que los materiales han recorrido para llegar a mis manos. Llevan consigo memorias geológicas y biológicas. Cuando estas materias -y sus historias- se integran en mis piezas, estas memorias se entrelazan con la mía.

Y cuando comienzo a leer teoría o abro mi trabajo a los ojos de colegas artistas y académicos, confirmo que **la investigación artística también es una forma de interdependencia: nada se crea solo; todo nutre; todo está tejido en relación.**

Habitar el territorio -mi cuerpo, la memoria, los vínculos y el paisaje- implica reconocer los estratos que lo conforman. Implica aceptar que quizá aún hay cosas que no se han nombrado, pero que pueden sentirse. La ternura, en ese sentido, también es una brújula: nos orienta hacia formas más empáticas de estar, de crear, de acompañar. La investigación artística me enseña que el conocimiento no siempre proviene de la distancia, sino de la cercanía; **que sentipensar con el cuerpo también es una forma legítima de saber.**

Hoy día, después de meterme por muchas cuevas, caminar respirando el aire de las montañas y tenderme muchas veces sobre la lava petrificada, me reconozco como parte de este paisaje que habitamos. Si la geología puede enseñarnos cómo la tierra se transforma lentamente, **la práctica de la investigación artística -desde una perspectiva autobiográfica, sensible y situada- puede demostrar como nosotras, nosotros y nosotros, como seres humanos y artistas, también lo hacemos.**

Para mí, crear, investigar y habitar el mundo son actos inseparables. Cuidar es una forma de amar y de liberar; de respetar los propios procesos, pero también los de las, los y les otros. Y para mí además es un compromiso: a toda costa sigo expandiendo esta cartografía hacia nuevas corporalidades y

paisajes. Cada día me propongo continuar construyendo un nuevo "nosotros": **un espacio donde el arte sea resistencia al olvido, afirmación de la vida y un lugar de ternura.**

Gracias.